

PANEL EROTISMO: AMBIGÜEDADES Y SIMETRÍAS

Correspondencias entre Silvia Bleichmar y Hanif Kureishi



DANIEL MOREIRA¹

La hoja de papel en blanco es como el silencio del psicoanalista.
Igual de provocadora y eventualmente, igual de reveladora de las di-
mensiones y deseos del ser.

Escritores y psicoanalistas pueden ser envidiosos y rivalizar, pensar
unos y otros que tienen una visión de la condición humana; ambos,
por supuesto, se ocupan de horadar el interior psíquico utilizando un
instrumento semejante: las palabras.

(Kureishi, 2005:187)

PRESENTACIÓN CON PUBLICIDADES INCLUIDAS

De fronteras y movilidades quiere dar cuenta esta producción que ima-
gina correspondencia e intercambios entre autores y producciones de
campos diversos.

Fronteras pero también *límites y excesos* de los diversos campos. Desde
el lugar de desconfianza respecto al intento de psicoanalizar el arte. O de
realizar interpretaciones fuera de contexto, sin la situación clínica y la

1 Psicólogo. Luis de la Torre 418 apto. 402. Montevideo, Uruguay, dmoreira@psico.edu.uy

presencia de al menos un otro para el cual nuestra presencia, y nuestras palabras puedan adquirir algún significado. Límite para evitar el exceso que nos deja desde el lado de la frontera desde el cual simplemente observamos y nos permitimos pensar algunas cuestiones.

También son fronteras que recogen algunas pasiones. Pasión por la escritura. Pasión por la ficción. Pasión por las imágenes. Pasión por el cine. Pasión por lo clínico. Y por la forma en que el arte, la literatura y las artes escénicas en general son capaces de proporcionarnos elementos para pensar lo clínico. De representar lo humano desde lugares y recursos que permiten encontrarle significados a acontecimientos que desde lo conceptual resulta a veces difícil comprender.

Son fronteras móviles y correspondencias o no correspondencias entre, por un lado, algunos de los relatos o conceptualizaciones que han sustentado nuestras prácticas. Y por otro, las realidades cambiantes que desafían nuestras certezas. Fronteras en las experiencias al límite de los sujetos de los cuales nos llegan sus voces. Tanto en la clínica como en la literatura o el cine. Fronteras que separan y fronteras que unen en intentos de quienes buscan nuevos sentidos a acontecimientos muchas veces traumáticos a través del análisis y la escritura.

Fronteras que también se disipan, se encubren, se velan tras los medios de comunicación y su presencia pregnante. *Recursos para formular juicios en el mundo cotidiano de los sujetos, poniendo en circulación tópicos y narrativas peculiares, aportando discursos, textos e imágenes, y alimentando entonces el diálogo que necesariamente se requiere para la comunicación pública* (Rodríguez, 2011).

Clínica, literatura y medios de comunicación para pensar los devenires de lo masculino a partir del impulso cuestionador de Silvia Bleichmar.

Y del trabajo del escritor Hanif Kureishi quien sobre Freud dice: ... *su método era también una deconstrucción sin piedad de la autoridad, de padres, dictadores, líderes y de nuestra necesidad de ello* (Kureishi, 2005, 188).

Necesidad de cuestionar una autoridad y en el mismo acto de escritura enaltecerla. Relato de encuentro con un padre perdido, y con la mirada crítica hacia su legado. Palabras que resuenan al hablar del psicoanálisis y de su propia historia. Mirada sobre el método de acceso al conocimiento por sobre la construcción conceptual.

Bleichmar se ubica en el lugar del cuestionamiento de algunas de estas concepciones y reclama por su parte un retorno a *un método, válido tanto para la clínica como para la construcción teórica, que consiste en someter a caución los enunciados que, anquilosadamente, se constituyen en síntoma, ya sea del yo como de la teoría oficial.*

Ya que... *toda interpretación que no solo oculte la realidad determinante del síntoma sino que convalide el imaginario sufriente del paciente sin desentrañarlo, constituye una captura ideológica que reduplica aquellas en las cuales el yo se encuentra prisionero o en las cuales el psicoanálisis mismo puede redoblar tal captura* (Bleichmar, 2006, 71-72).

No entendés nada, no entendés nada, le dice un niño de 7 años y sale llorando del consultorio para encontrarse con su padre. La forma en que se escucha esta sentencia, las interrogantes que genera, le permiten repensar algunas fantasías presentes en los hombres en la ardua tarea de construcción de la masculinidad.

PRIMERA TANDA

Primer plano. Vemos pasos que se alejan. Un joven asoma dubitativo a la habitación. *Papá...* El hombre sigue leyendo la revista publicitada. *Tengo que decirte algo...* Sin apartar la mirada de su centro de interés, el padre mueve apenas la cabeza en gesto afirmativo. Atrás, el hijo. Los dedos se aprietan entre sí. La mirada duda si enfocar arriba o abajo.

Soy... estee... soy... soy Brasileiro.

Cambio en la mirada. El padre deja la lectura. Comienza la música que ambienta el drama con violines y teclados. Sube la mirada mientras la otra baja en gesto de vergüenza.

Vemos al padre en el umbral de un dormitorio con gran libro bajo el brazo. El Martín Fierro. En las paredes, las imágenes evocan al equipo brasileño de fútbol. Pentacampeón, leemos. Recorre objetos. Un álbum de fotos. Primera página, hombre con niño en brazos. Quizá Mar del Plata. Seguramente padre e hijo. Al pasar la página: el joven sonríe con los brazos abiertos emulando al Corcovado, que se encuentra detrás.

De nuevo al padre con sutil gesto de desagrado reconoce una *sunga*. Nuevo primer plano con desaprobación. La estira, como resistiendo a la idea de su pequeñez.

La cámara se detiene sobre un cuaderno. La etiqueta en la cubierta: Ze Sebastián. Lo deja sobre la cómoda del cuarto.

Sentados ante un televisor comparten un video juego. Detalle de la pantalla: equipo brasileño seleccionado. Nueva mueca. Casi imperceptible.

Parados en un parque. El hijo mira ligeramente hacia atrás: capoeira. Sin quitar la mirada de su foco, sin siquiera mover el tronco, el codo paterno señala hacia donde tiene que mirar: un partido de truco.

Cocina. Padre ofrece quizá el movimiento más gentil y casi sonriente, un mate. Del otro lado, sorbe un ananá, el hijo.

Primer plano. Bailan un tango. Padre en actitud de instructor. De inmediato, desde enfoque distante, el espacio: un boliche. Vacío, a no ser por ellos.

Desenlace. Medias albicelestes colgadas en foco, padre difuso en el fondo. Sube la escalera. Sobre la baranda, un objeto de tela con los mismos colores. Entra al cuarto del hijo, quien dormido abraza la revista anunciada. En la tapa: *VAMOS ARGENTINA*.

Con parsimonia la toma deslizándola entre las manos y el cuerpo del hijo. Como un telón, al levantarse descubre la camiseta de la selección argentina con la que el hijo duerme. Sin despertarse se acomoda en la cama en su sueño tranquilo. Los gráficos concluyen: *argentinos*. E, inmediatamente, se completa esa sentencia: *Argentinos, bien argentinos*. (Youtube, 2011, a)

Hay algo de esta transmisión que se produce de hombre a hombre. Para ser bien *Argentino* y procesar las angustias identificatorias del joven, aparece necesaria la presencia de un padre. Quien ubica en un linaje, indica cuáles son los hábitos, cuáles las aficiones, lo que está permitido y lo que se encuentra vedado. Y todo sin que sea necesario que (este hombre) articule una sola palabra. Pero, en concordancia con las ideas de Bleichmar, el momento clave, la resolución de la peripecia ocurre cuando aparece un cuerpo a cuerpo, un tango bailado como en su posible origen, de hombre a hombre.

Una relación que no deberíamos significar como homosexual sino como parte de un proceso de desarrollo que en los hombres incluye *fantasmas de masculinización* —que en muchos casos se expresan tendidos hacia la búsqueda de incorporación de la virilidad a partir de la relación con otro hombre— como *fantasmas homosexuales*... Un deseo de masculinización que abre, paradójicamente, el camino hacia una heterosexualidad posible (Bleichmar, 2006, 19).

Paradoja que permite repensar algunas de las ansiedades desplegadas ante la homosexualidad.

SEGUNDA TANDA

Primer plano, un muchacho de pie pone un CD en la bandeja. Al lado de esta: vaso con cerveza. Al fondo, un plano más bajo, un grupo de muchachos sentados en torno a una mesa *ratona* conversan y beben cervezas.

En toma muy breve, vemos la mano de uno de ellos derramando sobre el vaso con hielo la bebida publicitada, una marca de fernet.

Uno, revista en mano, convoca la atención de los demás: *Che, muchachos, miren lo que dice acá.*

Miradas que prestan atención. *A ver... dice otro.*

Uno de cada diez hombres argentinos es gai.

Es corregido: *Gay, animal, gay.* Con un gesto que parece reafirmar la crítica y la sorpresa ante la pronunciación de la palabra.

Volvemos al plano original. De nuevo el joven que sigue parado frente al aparato de música, bebe su cerveza en aparente distancia de la conversación que mantienen atrás y abajo.

Las voces suenan más bajas, algo distantes, y repiten como un coro a distintos tiempos... *uno de cada diez.*

El lector lee de nuevo: *Uno de cada diez.*

Las voces continúan en un volumen reducido. La canción comienza a sonar: *Well, I talk about it. Talk about it, talk about it, talk about it.*

Cámara subjetiva sobre uno de ellos. Cara de preocupación. La voz se escucha en tono de pensamiento. *Uno, dos, tres.* La mirada recorre en el conteo cada uno de los presentes... *cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve... diez...* Llega a su propio cuerpo y se encuentra con las medias a rayas rosadas. Al disimulo la mano intenta alargar los pantalones para ocultarlas.

Otro. Gesto de tensión. *Cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez.* El brazo comienza a retirarse con lentitud y pretendida discreción del sillón o los hombros del amigo a su derecha. La mano queda en el aire y como sin saber qué hacer con ella acerca los dedos a su boca.

El siguiente, de nuevo vaso con cerveza. *Siete, ocho, nueve... yo diez!* *Upa!* Percibe sus piernas rápidamente descruzadas y separadas en forma ostensible mientras los brazos se apoyan en ellas.

Otro con cerveza. Pulsera en la muñeca. La mano se encarga de tajarla.

Los tiempos se van haciendo más cortos y la cámara avanza sobre cada uno de los restantes multiplicando los gags. Se aplasta un jopo. Se esconde una cadena. Se sujeta un vaso de cerveza con firmeza abandonando una flexión de muñeca. Es retirado un arito de una oreja.

Vuelta al primer y original plano. El joven aún parado junto al equipo ahora lleva un vaso a la boca que tiene la bebida a vender. Se lleva el hielo a la boca y gira ostentando esa presencia entre sus labios. Los demás, en silencio, lo miran.

Con dicción entorpecida pero a la vez desafiante expresa: *¿Qué pasa?... ¿Les gusto?*

La placa final muestra la marca e intercala imágenes de vasos que evocan la bebida anunciada y la cerveza. El locutor expresa: *Fernet (marca), pero me pueden decir Fernet.* (Youtube, 2011, b)

No se trata solo de tener un pene sino de demostrar la potencia, la virilidad, y esto parece nunca ser alcanzado en forma totalmente satisfactoria. La necesidad de discriminarse de lo homosexual aparece como un importante factor ansiógeno. Algunas de las concepciones respecto a la homosexualidad que han estado presentes en prácticas y discursos psicoanalíticos no parecen haber permitido resolver estos conflictos. El discurso que asocia lo homosexual con lo perverso deja coagulado este conflicto de forma performativa. Bleichmar propone pensar lo perverso como la desobjetivación del otro más allá de la elección de objeto en particular.

¿Cómo podría recibir el niño el pene de un hombre que lo torne sexualmente potente si no fuera a partir de su incorporación? Incorporación introyectiva que deja a la masculinidad librada para siempre al fantasma paradójico de la homosexualidad (Bleichmar, 2006, 35).

En *Mi oído en su corazón* Kureishi le da un carácter autobiográfico a cuestiones que en *El buda de los suburbios* ya aparecían como ficción. Escritura de duelo, corte y necesidad de reparación ante la muerte del padre.

En *El buda* la imagen paterna aparece en términos de idealización erotizada.

Se mantenía tieso como un palo sobre su cabeza, en perfecto equilibrio. La barriga le colgaba y los huevos y la polla le abultaban en los calzoncillos.

Tenía los bíceps desarrollados y tensos y su respiración era acompasada. Al igual que tantos hindúes, papá era bajito, pero era también un hombre elegante y apuesto, de manos y modales delicados. A su lado, la mayoría de los ingleses parecían jirafas desmañadas. Era fuerte y de espaldas anchas, porque de joven había sido boxeador y un fanático entusiasta de los extensores de tórax. Estaba tan orgulloso de su tórax como nuestros vecinos de su cocina. Al primer rayo de sol, se quitaba la camiseta y se apresuraba a salir al jardín con su tumbona y el New Statesman del día. Le gustaba contarme que en la India solía afeitarse el pecho con regularidad, para que el vello le creciera con renovado vigor con el transcurso de los años. Por eso deduje que el pecho era lo único en lo que se había mostrado previsor (Kureishi, 1994, 10).

Mirada idealizada, imagen en la que se intuye un importante nivel de erotismo, de deseo. Para qué necesita a este padre, qué es lo que busca en él este personaje en este caso de ficción. ¿Hay algo tal vez de la demanda del contacto masculinizante, del intento de separación de la madre a partir del encuentro idealizado con un padre que adoctrina en el arte de la seducción seduciendo?

En *Mi oído* el relato nos ubica frente a límites de experiencias autobiográficas que resultan perturbadores en su lectura.

Mientras mi madre ocultaba su cuerpo —era algo privado—, a papá le encantaba que yo le tocara. No le interesaba demasiado mi cuerpo ni sus instintos alborotados, quien tenía que disfrutar de los placeres era él. Cuando se bañaba me llevaba consigo. En aquel minúsculo cuarto de baño, yo le lavaba la espalda, le frotaba la cabeza con aceite, me ponía de pie sobre su espalda, le daba masaje en las piernas y en los pies...: era una intimidad que yo adoraba, porque el niño se siente privilegiado al cumplir con la tarea que sabe que es la de la esposa, y el padre se convertía felizmente en la criatura adorada, mimada una y otra vez (Kureishi, 2005, 71-72).

El relato nos enfrenta con algo de lo unheimlich, lo ominoso, lo que aparece como demasiado explícito, demasiado intenso a la vez que demasiado familiar. ¿Qué significados habrá encontrado en el devenir de su historia a estos relatos? ¿Qué pasa cuando la búsqueda de la masculinidad en ese otro padre, vivido como hombre potente y poderoso se encuentra con experiencias que parecen no ser (solamente) fantaseadas sino parte de la historia de acontecimientos vitales? ¿Qué posibilidad de tramitar estas

experiencias de intensa estimulación corporal puede tener un niño? ¿Qué función adquiere este acto de escritura de sus experiencias?

El relato nos parece signado por un cierto exceso, por un abuso, una prohibición del goce intergeneracional transgredida, una falla en los límites que desde el adulto deberían existir para no exponer a un niño a estímulos que no estaría en condiciones de asimilar. Desde un intento de dejar capturado al niño en un vínculo dual que pretende que no quede espacio para la presencia de un otro.

...Mi padre no quería una mujer por la que tuviese que competir con otros hombres. Podía concentrarse en mí. Parecía que quisiera desempeñar todos los papeles: padre, madre, hermano, amante, amigo, dejando poco espacio para nadie más (Kureishi, 2005, 72).

Si lo pensamos desde el Edipo freudiano, ¿cómo pensamos esta particular ubicación del deseo? Y aún si tomamos la posición que preferimos de Judith Butler que lo piensa como solo *un nombre para la triangularización del deseo* (Butler, 2009), ¿qué lugar dejan estas vivencias para esa entrada de un tercero?

Volviendo a Bleichmar podríamos pensar estos relatos desde un límite en el cual el *carácter compulsivo de una acción a la cual no se puede rehusar y que cobra carácter de obligatoriedad más allá de que genere, en ciertos casos, la ilusión de ser efecto de un acto de voluntad* (Bleichmar, 2006, 59). Más allá del goce que parece acompañar la narración de estas experiencias se nos impone algo de abuso, de exceso de un adulto respecto al cuerpo del niño. La transgresión de una prohibición y la ubicación del niño como objeto en función del goce del adulto, desapareciendo como sujeto de deseos y de protección.

Qué significados le podemos encontrar para estos hechos, y cuáles habrá podido ir brindándole en el desarrollo de su vida es parte de la incógnita. Su libro recoge la necesidad de recuperar la imagen del padre allí donde no pudo demostrar su potencia, en la escritura. Paradojalmente, ese es el ámbito donde el hijo obtuvo notoriedad.

La propia escritura de estos hechos, y la inclusión del análisis como elemento vertebral en toda la narración nos permite pensar en cierto nivel de elaboración y de fracaso del intento de dejarlo encerrado en una forma de relación dual.

Pero no podemos sacar ninguna conclusión acerca de sus posteriores elecciones de objeto sexual. Lo cual según bien nos aporta Bleichmar no sería importante ya que:

Que esta presencia inquietante —del padre, en principio— devenga estructurante en una u otra dirección de la elección de objeto sexual depende de las vicisitudes y destinos de los movimientos constitutivos que la engarzan, efecto tanto de las alianzas edípicas originarias como de los traumatismos que el sujeto registra a lo largo de su constitución como sujeto sexuado (Bleichmar, 2006, 36).

Importa sí la posibilidad de exponer estas historias y el efecto que genera en nosotros el leerlas y lo que nos permite preguntarnos acerca del arduo proceso de producción de la masculinidad que es independiente de las elecciones de objeto, heterosexuales, homosexuales o del tipo que sean. Así como de los efectos del abuso y la transgresión de la prohibición del goce transgeneracional que, según la autora nos aporta, sería la verdadera ley fundamental de la cultura.

E importa fundamentalmente para nosotros la capacidad de escribir y poder leer textos como el que sigue y que nos parece la forma más adecuada de terminar esta producción:

Justo entonces quise escribir: mis recuerdos de papá se difuminan; no parecen importantes; me obsesionan menos. Pero no es verdad. Supongo que sueño con mi padre y otras figuras paternas al menos una vez por semana, incluida la noche pasada, en que los dos estábamos en nuestra casa de siempre revisando las vitrinas. Allí estaba él, como un fantasma, tan tangible como siempre. Ayer, mi hijo Carlo —practicando golpes de karate o charlando sobre baterías con su gorro de lana y su camiseta de fútbol— hablaba de cuando él fuera ya anciano. Mientras lo discutíamos comprendí que, naturalmente, para entonces yo llevaría muerto mucho tiempo, sería un fantasma, sin morir para él, obsesionándole, y quizás a sus hijos, de maneras que ninguno de los dos podía prever (Kureishi, 2005, 188-189). ♦

RESUMEN

Psicoanálisis, literatura y medios de comunicación son conjugados para pensar los devenires de lo masculino a partir del impulso cuestionador de Silvia Bleichmar y la obra de Hanif Kureishi.

Se jerarquiza el papel del psicoanálisis como forma de acceso al conocimiento. Y la necesidad de analizar ciertos enunciados que en forma anquilosada han servido para interpretar como homosexuales, fantasías que serían parte del proceso de construcción de la masculinidad. Deseos de masculinización a través de la relación con otro hombre como forma paradójica de acceso a la heterosexualidad.

No se trata solo de tener un pene sino de demostrar la potencia, la virilidad, y esto parece nunca ser alcanzado en forma totalmente satisfactoria. La necesidad de discriminarse de lo homosexual aparece como un importante factor ansiógeno. Algunas de las concepciones respecto a la homosexualidad que han estado presentes en prácticas y discursos psicoanalíticos no parecen haber permitido resolver estos conflictos.

Descriptor: MASCULINIDAD / IDENTIFICACIÓN / HOMOSEXUALIDAD / TRANSGRESIÓN

Autores-Tema: Bleichmar, Silvia

Personajes-Tema: Kureishi, Hanif

SUMMARY

Psychoanalysis, literature and mass media are combined to think about the evolution of masculinity from the questioning impulse of Silvia Bleichmar and the work of Hanif Kureishi.

The role of psychoanalysis as a way of access to knowledge is highlighted. And the necessity of analyzing some formulations that in an ankylosed way have served to interpret as homosexuals, certain fantasies that may appear as part of the process of manliness construction. Desires of masculinization through the relationship with another man come up with a paradoxical way of access to heterosexuality.

It is not only about having a penis, but showing the potency, the virility, and that never seems to be reached in a total satisfactory way.

The necessity of discriminating oneself from homosexuality appears as an important anxiogenic factor. Some of the conceptions about homosexuality that have been used in psychoanalytical practices and discourses do not seem to have permitted to resolve these conflicts.

Keywords: MASCULINITY / IDENTIFICATION / HOMOSEXUALITY / TRANSGRESSION

Authors-Subject: Bleichmar, Silvia

Characters-Subject: Kureishi, Hanif

BIBLIOGRAFÍA

- BLEICHMAR, S. *Paradojas de la sexualidad masculina*. Buenos Aires, Paidós, 2006.
- BUTLER, J. *Dar cuenta de sí mismo*. Buenos Aires, Amorrortu, 2009.
- KUREISHI, H. *El buda de los suburbios*. Barcelona, Anagrama, 1994.
- *Mi oído en su corazón*. Barcelona, Anagrama, 2005.
- RODRÍGUEZ, M. G. Iguales y diferentes. Recuperado el 20 de Abril de 2011, de Página 12: <http://www.pagina12.com.ar/diario/laventana/26-166605-2011-04-20.html>. Recuperado el 20 de Abril de 2011.
- Spot Fernet Cinzano*. Uno de cada diez. <http://www.youtube.com/watch?v=8Hl5AaHYmfw>. Recuperado el 01 de agosto de 2011.
- Spot Revista Olé. Herencia*. <http://www.youtube.com/watch?v=x1WMimoQoeQ>. Recuperado el 01 de agosto de 2011.